Esto es todo lo que los chinos sacaron de la herencia común. Cuando las formas en *er* y *ber* fueron descubiertas y aplicadas, ellos estaban lejos ya del centro de creación. Su emigración debió haber sido la primera de la especie humana. Hubo un tiempo, pues, en que nuestros antepasados y los suyos vivieron juntos, hablaron una misma lengua compuesta de unas cuantas docenas de monosílabos en que la *r* no figuraba para nada, y adoraron unos mismos espíritus. Los chinos, son, por consiguiente, parientes nuestros, pero los parientes más lejanos de todos.

Las formas *Tengri*, *Tengry*, *Tangli*, *Tangara* que constituyen los nombres de los principales dioses de los mogoles, turcos, hunos, y yakutos, son fáciles de explicar si se estudian antes análogas transformaciones. Sirva de ejemplo la palabra inglesa *green*, verde, que antes quería decir ó designar el crecimiento ó desarrollo de los vegetales. Wihtney (1) no se atreve á remontarse á la fuente de esta palabra que, dice, se pierde en los tiempos prehistóricos; pero le encuentra parentesco con esta otra, *grow*, de donde se habría originado este *green* procedente de una cosa *growing*, creciente. *Grow* se dice de todo lo que es susceptible de desarrollo ó crecimiento: hombres, animales, plantas, etc. Esta palabra, aplicada al crecimiento de los vegetales, caracterizado, más que por ninguna otra cualidad, por la manifestación del color verde en las hojas y en las hierbas, hizo que fuese abstraida esta cualidad y designada con la pequeña variante de la palabra *grow*, *green*. En lugar de *green*, el alemán dice *grün*; el holandés, *groen*; el sueco, *grön*; todas, palabras semejantes á *green*, sin ser idénticas. El niño español aprende la palabra *verde*; el francés, *vert*; el italiano, *viride*; entre las que se nota la misma semejanza. El ruso dice *zeleniü*; el húngaro, *zoll*; el turco, *ishil*; el árabe, *akhsar*, y así los demás. Pues estas palabras que indican, todas, la idea de color verde por una abstracción deducida de la idea de crecimiento, desarrollo, expansión, producidos por la influencia benéfica y activa del calor del sol, deben su formación á la misma causa que ha hecho designar todo fenómeno de creación, como hemos dicho ya, con la palabra *bero*, ó la onomatopeya *er* acompañada ó no de la espiración.

(1) Wihtney; *La Vie du Langage*, pág. 14.



En este caso, las lenguas latinas conservan, con más pureza que las otras, la palabra original; *verde*, *vert*, *viride* no son más que ligeras variantes de un *ber-tz* primitivo indicando *abundancia*, expansión, fuerza de vida ó creación por el calor, crecimiento. La terminación *tz* es *abundancial* en eúskaro, como diría Astarloa. Las variantes germánicas provienen á su vez de otra corriente primitiva que expresó las mismas ideas por la espiración y la onomatopeya reunidas. *Ha-er*, *ja-er* ó *ga-ero* dieron lugar á las contracciones en *grown*, *grün*, *gron*, etc., habiendo alguna más antigua y perdida, en *gren*, probablemente. *Zeleniü*, *zold*, *ishis akhsar*, son variantes de otra índole, pero que tienen la misma historia. Hé aquí el origen prehistórico de estas palabras al que Withney no pudo remontarse por no tener la clave.

Ahora, con estos antecedentes, la interpretación de los nombres de dioses turanianos se hará por sí misma. Sin embargo, debemos antes advertir que el *bero* sólo, puede dar lugar á las mismas contracciones en *gre* ó *gri*, etc. Nos hemos convencido de ello por una feliz casualidad, aunque después lo vimos confirmado en otros casos: sacando etimologías de toponimia asturiana, nos encontramos con este nombre: *Villagrufi*, pequeño pueblo de la parte occidental de la provincia.

En vano nos hubiéramos devanado los sesos en descifrarlo, si no fuese un antiguo documento en el que constaba su primitivo nombre de *Villa-verulfi*. Es un caso indudable de contracción de *ber*, en *gru*, como pudo tener lugar en algún dialecto prehistórico, porque las leyes de vocalización humana se diferencian poco. Por consiguiente, los nombres de los dioses tártaros y mogoles, *Tengri*, *Tangri*, el de los yakutos, *Tangara*, el de los espíritus turcos, *Ten-gili*, y todos los que puedan presentarse en esta forma, son y serán, de ahora para siempre, contracciones de la espiración y del *bero*. No hay necesidad, por tanto, de detenerse en ellos; están juzgados.

## II.

Existe en Finlandía una mitología bien conservada, y en sus poemas, tradicionales en un principio, y después escritos, hay descripciones magníficas de *Jumala*, el dios, el cielo. Para explicar ó interpretar el nombre de Jumala, es preciso hacer otras aproximaciones. Los samoyedos tienen su *Num* que también llaman *Juma*, y este mismo nombre, ligeramente modificado, según las leyes fonéticas propias de cada lengua, se encuentra entre los estonianos, lapones, circasianos y votyakos.

Castren, saliendo en esto de su papel tan bien desempeñado de etnógrafo, quiso interpretar el nombre de Jumala, y supuso que debía venir de *Juma*, el trueno, y *la*, lugar. Es uno de tantos errores en que se ha caido por querer explicar el nombre de un dios por la lengua en que es adorado. El trueno se llama *Juma*, porque el trueno, lo mismo que la montaña en cuya cima estalla la tempesta, y el cielo mismo, son identificados con el dios, en todas partes, y reciben su



nombre. La terminación *la*, de *Jumala*, no podía explicarla Castren, ni nadie, antes de ahora, sin tener la clave del misterio. Esta confusión de las terminaciones es antigua. El nombre de un dios tradicional y heredado, como sucede siempre, por una raza, suele tener una terminación que, en alguna de las muchas lenguas que le pronuncian, ha de parecerse á alguna parte de su gramática ó á alguna palabra de su vocabulario. Es el mismo error, que como veremos luégo, ha dado margen á la famosa traducción hebrea: *Elohim vara, los dioses creó*; una de las mayores faltas de concordancia que pueden darse, y que ha pasado, sin embargo, por una profunda concepción de Moisés.

Max Muller procura salir del paso por medio de un círculo vicioso: supone que el nombre Jumala ha sido empleado, primero, para expresar el cielo, después, el Dios del cielo, y en tercer lugar, para designar los dioses en general; nada en suma. Sacamos estas cosas á colación, para que se vea la dificultad que ofrece el caminar sin brújula, que es aquí el método, aun para hombres tan instruidos en la ciencia como Max Muller y Castren. Ellos se mortifican, estudian, dan mil vueltas á una leyenda, comparan, examinan, preguntan, escudriñan, pero la esfinge no abandona por eso su impenetrabilidad.

Un día, Castren interroga á un samoyedo que miraba melancólicamente el mar: «¿Quién es Num ó Jumala?» El marino samoyedo extendió el brazo, y señalando el Occéano, contestó: «Héle ahí.»

Castren supuso, en vista de esto, que *Jumala* era también divinidad del mar.

Es cierto que en la epopeya de *Kalewala*, dice Pohjola invocando á Jumala: «Baja ahora al baño, *Jumala*, á apagar tu calor, ó señor del aire.»

Pero esto no es más que una oración de la tarde; es

el sol hundiéndose como todos los días en el mar, en medio de su rojo crepúsculo.

En otro pasaje, es dios del aire: «Reviste ahora de sus arneses á tus caballos, Jumala, tú que eres dueño del aire.»

Ved qué antiguos son los caballos del sol.

«Excita los rápidos corceles. Haz volar el trineo de los colores brillantes pasando á través de nuestros huesos, á través de nuestra carne que se agita y tiembla, á través de nuestras venas que parecen rotas. Fija, junta la carne y los huesos; une más sólidamente las venas á las venas.»

Max Muller no se atreve á decidir qué clase de divinidad es *Jumala*; si dios del cielo, del aire, del sol, ó del mar, ó Dios Supremo, revelándose bajo diferentes aspectos de la naturaleza; y sin embargo, ¡qué fácil será ya para nuestros lectores averiguarlo! Sí; *Jumala* es todo eso y algo más; es el soplo creador, es el calor que da la vida y el aire que respira el pulmón; es el mar lleno de seres animados, y el cielo lleno de fuegos, y morada del sol; es la naturaleza santa, tal como se presentó en los primeros días á nuestros padres, toda animada, llena de vida y de encanto, pero también de terribles misterios; es el sagrado *Jam-er-a*, que forma los nombres de todos los dioses del mundo, porque es el nombre del primero concebido por la virgen imaginación del hombre prehistórico: *Jam-el-a*, *Jum-al-a*.

*Jum* es la misma forma sin el *er*, y *Num*, una variante dialéctica.

Jumala no es, pues, como supone Max Muller, un producto de la concentración religiosa de las tribus turanianas, sino sencillamente, un nombre mejor conservado de la herencia común.

Si hubiésemos seguido el método preconizado por



Max Muller, tarde ó nunca hubiéramos demostrado la identidad de *Tien*, de *Tengri* y de Jumala. ¿De qué nos hubiera valido servirnos de subfijos derivativos, como él propone para encontrar fácilmente el parecido, con nombres como *Tien* y *Jumala* que no tienen subfijo alguno, como no sea la *a* final de *Jumala*, que nada nos diría, porque no forma parte del nombre original? Su método analítico y simplemente deductivo no producirá nunca grandes resultados. A toda ciencia hay siempre que aplicar las dos escalas, la de subida y la de bajada que constituyen la síntesis, sopena de abandonar la solución de los mayores problemas. Por eso, el descubrimiento á que da él tanta importancia: la identidad hallada entre *Dyaus*, *Zeus*, *Deus* y *Tiu*, que un ciego podría ver con un poco de intuición, aun lleva consigo, como notaremos, un lamentable error etimológico.

Pasemos á otra cosa. *Nam* es la forma paralela del *Num* samoyedo en el Thibet, país que sirve de punto de reunión á las lenguas turanianas del Norte y Mediodía. Su religión antigua y sus tradiciones se elevan hasta la creación del hombre; fijándose en ellas, pudiera creerse que fué allí la cuna de la especie humana. Ellos se creen, en efecto, los antepasados de todas las razas. En ninguna otra parte puede verse semejante tradición. Pretenden los thibetinos descender de una especie de monos, y todavía el centro del país se llama de los *jimios*. Sólo hay una tribu india que tiene á mucho honor tal descendencia. Vivían antiguamente errantes, sin gobierno, apacentando rebaños, antes que las cien familias del *Kuen-lim* bajasen á poblar el imperio del *medio*. Todo es en ellos tradición, porque no se introdujo el alfabeto allí hasta el siglo VII. *Prasrimpo* y *Prasrimno* son sus antecesores y primeros padres, según ellos. Su principal genio

maléfico se llama *Gongor*, pero es al mismo tiempo protector del mundo, de la religión y de la fe. Es un tipo raro este *Gongor*, dios y diablo al mismo tiempo, que no se encuentra en ningnna otra parte más que aquí.

*Yam-yang*, el dios de la sabiduría, el espíritu, el verbo, habita en la luna, y fué el que enseñó á los dioses que era necesario, para que el hombre naciese, que un dios y una diosa tomasen la figura de monos. Hé aquí á *Yam-yang* dando la razón á Darwin y Heckel.

¿Puede darse una idea más armónica?

La zoología y la teología deben apretarse las manos; están de enhorabuena. El animal y el angel se han fundido en uno.

*Prasrimpo* y *Prasrimno*, el Adan y Eva de los thibetinos son dioses en cuerpos de monos. ¿Qué se pierde con esto? La dignidad humana queda á salvo, porque mira al cielo y se ve inmortal. ¿No dice la Biblia también que somos dioses?

En fin, Gen-Zeden, otro de los antiguos dioses, nació de un tumor de Zedent que le parió por uno de sus muslos como Júpiter á Baco. Este es el origen de tan extraño mito, que sólo puede ser debido á una confusión de dos palabras: acaso boca y muslo; porque la asociación de ideas no conduce á una aberración tan grande.

En efecto, *Gen-Zeden* no es más que el soplo vital, el álito de vida. *Atseden* significa soplo todavía en eúskaro, y *Gen*, ya sabemos lo que es; de modo que *Gen-Zeden* puede ser el principio vital ó soplo de la respiración humana saliendo de la boca de *Zedent* el espíritu, el soplo animador universal. En este caso, *Gen* significaría vida ú hombre, que los dos significados tiene en chino. Es verdad que Zedent significa hoy en lengua thibetina, el *bellísimo*; pero esta no es más que una se-



mejanza casual de dos palabras con distinta significación en dos idiomas lejanos y que prueba la que pudo haber habido con respecto al muslo de Zedent. Ningún antiguo dios se llamó nunca *bellísimo*, ni la belleza tuvo nombre siquiera en las primeras lenguas. La misma *t* final superlativa, aumentativa, ó *abundancial* como en eúskaro, prueba que *Zedent* es el gran espíritu, el animador universal. *Gen-Zeden* no lleva *t* al final. Es el efecto, el resultado, el hijo.

*Gongor* fué *Gan-gor* ó *Jamgor*, indudablemente, en un principio. Hemos visto ya la contracción del *bero* en *gre*, y su transformación en *gara*, *garoa*, en *Tengri*, *Tangara* y *Tangaroa*, los dioses mogoles, yakutos y polinesios. *Gon-gor* es, pues, idéntico á *Tangara* y *Tan-garoa*, habiendo atravesado por las formas *Gan-gar*, *Jangar*.

Yam-yang es la espiración repetida, como en tantos otros casos; pero es de notar que es el dios luna. Si ahora, pues, le añadimos el subfijo eúskaro, tendremos *Yana* ó *Yama;* y si á la forma *Yana* ponemos la *D* eufónica, obtendremos Diana, la luna de los latinos. Que este nombre de Diana pase, de un idioma eúskaro, por ejemplo, en que el subfijo *á* designe indistintamente el género masculino y femenino, á un idioma latino en que los terminados en *á* son por regla general femeninos, y el dios *Yan* ó *Dian-a* se convertirá en diosa. Felizmente, en latín, se heredaron las dos formas: *Jan-us* masculino y *Dian-a* femenino.

En medio de la infinidad de espíritus y dioses inferiores que los tongusos adoran, *Buga*, el Dios Supremo, es objeto de la mayor veneración. *Buga* es una forma bastante rara de la espiración. Fué seguramente *Ba-ja* ó *Ba-ga* en los primeros tiempos, procedente de otra más primitiva aún: *Ab-ag-a*. *Buga* tiene un descendiente en la Europa civilizada. Es *Boge*, el nombre de Dios en ruso, que viene á confirmar con

su variante los cambios prehistóricos. No sabemos si esta identidad de *Buga* y *Boge* se habrá ocurrido á alguien; pero es bien clara y terminante, y marca perfectamente la filiación del pueblo ruso, ó por lo menos de alguna parte de él, la principal quizá, que debió servir de corazón y núcleo al gran imperio. Estas dos palabras, solamente, nos permiten afirmar la influencia decisiva que una tribu tongusa ejerció antiguamente en los elementos que formaron después el pueblo ruso. Max Muller, sin embargo, que en todas partes busca términos de comparación, habla del *Buga* tonguso sin explicar lo que es, y no se acuerda para nada del *Boge* ruso.

No cerraremos este capítulo sin dar á conocer los nombres de los dioses acadianos. Suponemos á nuestros lectores enterados de la historia asombrosa del descubrimiento de los cuneiformes, y, por tanto, de que la lengua acadiana, ó llámese como se quiera la que resulta del valor fonético de los caracteres, es un idioma turaniano. Nos referiremos en todo lo que sigue á la «Gramática Asiria» *(Assyrian Grammar)* de A. H. Saice, donde pueden verse la mayor parte de los caracteres empleados en las inscripciones de los monumentos.

En ellos encontramos *An*, *Ana*, un nombre de dios, de donde procede la forma asiria *Anu*, el dios histórico de los asirios.

*An*, *An-a*, la más simple y primitiva forma del soplo ó respiración.

*Nab*, divinidad en general; *An-ab*, las dos aspiraciones unidas. *Alat*, espíritu en general; *Er-at*, soplo del calor, álito de vida.

*Taltal*, el dios *Hea*, en asirio; *At-er-ater*, idéntico al anterior, invertido y repetido.

Véase el cuadro siguiente:



| *Palabras acadianas.* | *Traducción asiria.* | *Significado.* |
|---|---|---|
| Gudibir..... | Maruducu..... | Merodach. |
| Dimir..... | Ylu..... | Dios. |
| Dingir..... | Ylu..... | Dios. |
| Timkhir..... | Nabiuv..... | El dios Nebo. |
| Kurnum..... | Tasmitu..... | La diosa Tasmit. |
| Alim..... | Bilu..... | Belo. |

En los cuatro primeros, *Gudi-bir*, *Dim-ir*, *Din-gir*, *Tim-khir*, se distingue bien la espiración y el *er*. *Dim-ir* es la más simple forma del primitivo *am-er*, con la *d* eufónica. *Gudibir* es de formación posterior. Se cree que es el nombre del planeta Júpiter al que corresponde el *Merodach* ó *Maruducu* asirio; sin embargo, casi nos atrevemos á asegurar que ha habido en esto alguna equivocación. El nombre de *Gudibir*, sentaría mucho mejor, por la significación que envuelve, á Marte que á Júpiter. *Guda* debió haber sido una palabra muy generalizada en lo antiguo para expresar la guerra. Se encuentra en eúskaro con este significado, y en sanscrito se emplea la palabra *goshu-yudh* como un nombre de guerrero, el que se bate entre las vacas. *Goshu* ó *goxu* es el locativo plural de *go*, toro ó vaca, y *yudt* tiempo del infinitivo *yodhum*, pelear, batirse; de modo que *guda* debe ser contracción de una palabra anterior á los dos idiomas eúskaro y sanscrito, que habrá tenido esta forma: *goh-yudh-a*, batirse ó luchar por la vaca, uno que se bate por la vaca, y de aquí *guda*, la guerra.

En aquel tiempo, defender las vacas ó robarlas, era el principal motivo de la guerra. Todavía en sanscrito se llama una batalla: *gav-ishti*, que significa al pié de la letra, lo mismo, luchar por las vacas.

Gudibir, pues, debe ser el dios de la guerra, el pla-

neta Marte, y no el planeta Júpiter, como se creyó hasta ahora. El correspondiente asirio, *Maruducu*, tiene también más estrecha relación con Marte que con Júpiter. Hágase una contracción de *Maruducu*, cambiando la *d* en *t*, y se obtendrá *Martucu* que ya se aproxima bien á Marte. Pero aun hay más; *Maruducu* es un nombre compuesto que se descompone así: *Maru-ducu*. Ahora, debemos advertir que *ducu*, *dicu*, en asirio, significa, *soldado*, *guerrero*; que *Mar-u* no es más que otra forma del *Am-er*, significando el espíritu creador ó animador, propio de los dioses; y que la *u* final es el signo del nominativo masculino asirio. De modo que Maruducu, como Gudibir, son dioses de la guerra que corresponden á Marte, por más que los mismos asirios hayan podido equivocarse, lo cual no tendría nada de extraño, atendiendo á la complicación de los signos y á la confusión de los valores.

El profesor Maspero (1), y los que como él hayan ofrecido al público estas correspondencias planetarias ó míticas, deben variarlas en esta forma: *Maruducu*= Marte, Júpiter=Nergal, etc.

*Dingir* corresponde al mogol *Tengri;* es su forma anterior, heredada de la misma tribu de cuyo seno salió la emigración polinesia que llevaba por dios á *Tangaroa*. *Timkhir* es de la familia; no tiene otra diferencia que la gutural fortificada.

*Alim*, equivalente al asirio *Bilu*, fué en los primeros tiempos: *Er-im*, *er-am*, la más sencilla expresión del espíritu de vida. Después atravesó estas formas: *el-am*, *el-im*, *al-im*.

*Kurnum*, *Kur-num;* su historia es esta: *Haer* ó *Ja-er-num*, contraido, Gar, Gor, Gur, *Kur-num*. Num, ya sabemos lo que es: variante de *Jum* y *Jumala*; ha habido reduplicacion; dos corrientes que se han unido; dos dioses que se hicieron uno.

(1) Maspero; *Histoire antique des peuples de l'Oriente*, pág. 151.



Sobre todos estos dioses descuella *Izbar* ó *Bilgi*, el principio del calor ó del fuego, superior al sol mismo, «pontífice supremo en la superficie de la tierra» sea que queme en la llama del sacrificio ó brille en el hogar doméstico. Es el hijo de Hea, y mediador entre su padre celestial y la humanidad que sufre. «Su voluntad es un decreto divino que obedecen los cielos y la tierra..... Señor tu eres sublime ¿quién te iguala?»

Hé aquí bien marcada la importancia que el principio del calor llegó á tener en el mundo; sí, porque *Izbar* es *Is-bar*, *Ih-ber*, lo mismo que Bilgi, es Ber-hi. Es el mismo nombre puesto al revés. Es la mejor prueba de que las dos onomatopeyas se han puesto indiferentemente delante ó detrás.

Comprendemos que hay cierta monotonía en estas interpretaciones; pero no es culpa nuestra si los dioses se llaman por todas partes lo mismo. Vaya todo en gracia de la novedad, pues que hasta ahora no se habían averiguado tan sencillas cosas.

La ciencia busca la unidad en la ley que abarca el conjunto de hechos ó de casos, y la ley, como la unidad, tiene que ser por precisión constante é idéntica á sí misma. La variedad está aquí en la transformación de la envoltura exterior de las palabras, pero la raíz, persistente á través de todo cambio, representa la unidad.